

EL RECLAMO DE LOS ARTEFACTOS



osinergmin

TRABAJANDO POR UNA ENERGÍA Y MINERÍA SEGURAS Y SOSTENIBLES

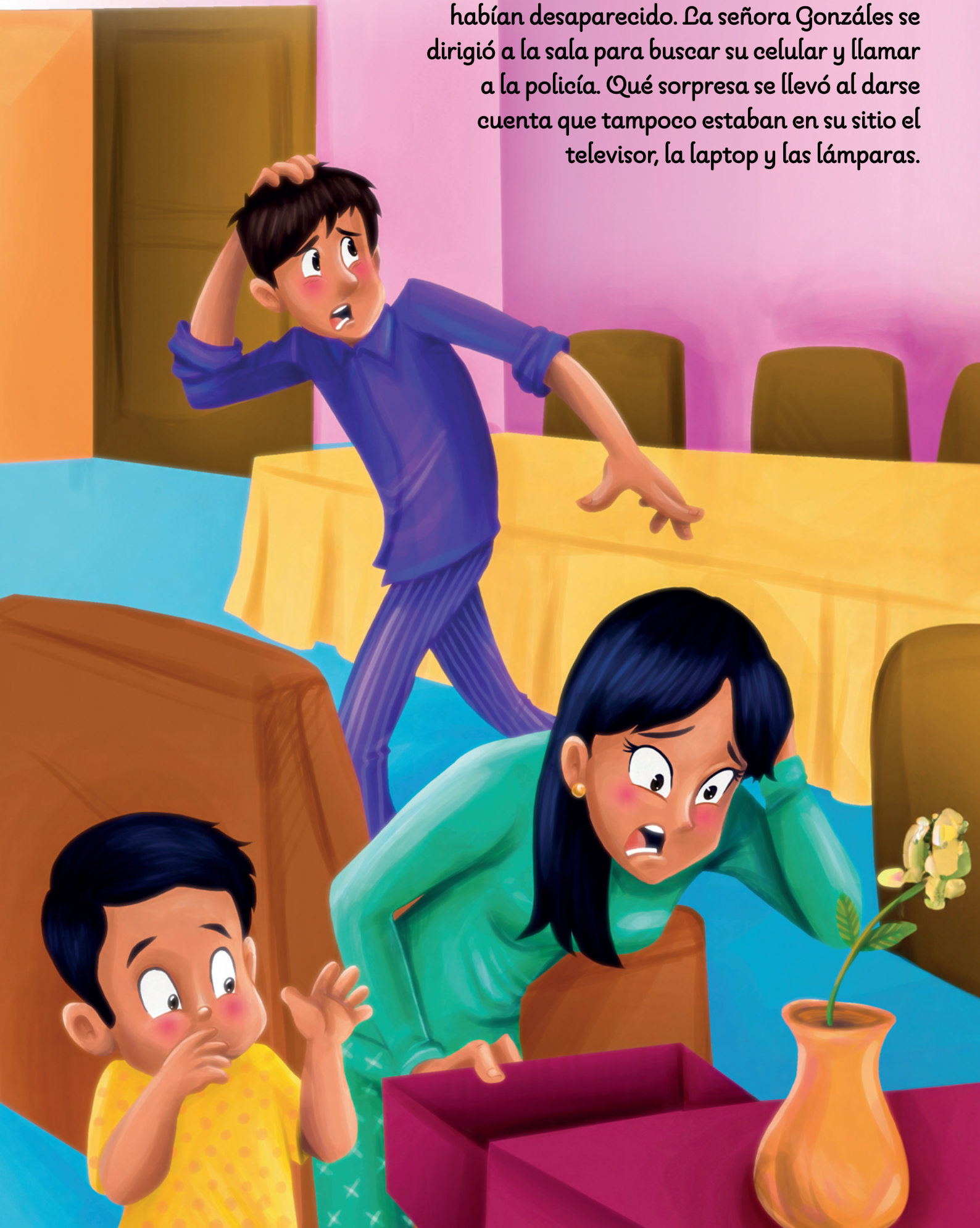
Los esposos Gonzáles despertaron de una larga noche de sueño... asustados notaron que ya eran las 9 de la mañana.

—¡Nos olvidamos de programar la alarma del celular! —exclamó. La señora Gonzáles, más intuitiva, observó toda la habitación y echó un vistazo a la casa desde el pasillo. Todos sus artefactos habían desaparecido.

—¡Nos han robado!, ¡se llevaron todos los artefactos! —gritó aterrada la señora Gonzáles.



Luis y Emilia, sus hijos, se levantaron de un salto. Los gritos de su madre los pusieron en alerta máxima, y caminaron rápidamente hacia la cocina. No podían creerlo... la lavadora, el refrigerador y hasta la terma eléctrica habían desaparecido. La señora Gonzáles se dirigió a la sala para buscar su celular y llamar a la policía. Qué sorpresa se llevó al darse cuenta que tampoco estaban en su sitio el televisor, la laptop y las lámparas.





El señor Gonzáles estaba desesperado. Recorrió todas las habitaciones tratando de encontrar alguno de los celulares.

—Los ladrones debieron entrar cuando dormíamos —balbuceó el señor Gonzáles mientras se movía impaciente en círculos.

—Salgamos a pedir ayuda a los vecinos —propuso el pequeño Luis—. Quizá ellos nos puedan prestar un celular.

—Tienes razón. Vamos— respondió el señor Gonzáles. Sin embargo, apenas se acercó a la puerta, una descarga eléctrica le hizo soltar la perilla de inmediato.

Perplejo, retrocedió lentamente.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó asustada la señora Gonzáles luego de ser electrizada por la perilla, tal y como le pasó a su esposo.

De pronto, un sonido extraño se oyó desde la lavandería. Sobresaltado, Luis abrazó a su madre. Todos estaban paralizados por el miedo. Todos, menos Emilia, quien estaba pensativa. Entonces, una corriente de aire abrió la puerta de la lavandería. Los Gonzáles no podían soportar la angustia. Cuando estaban a punto de correr, algo se movió en el umbral donde únicamente debería haber escobas, recogedores y otros utensilios de limpieza. Los señores Gonzáles y el pequeño Luis gritaron despavoridos.

—Buenos días —. Era una extraña y robótica voz.

Los Gonzáles simplemente no podían creer lo que sus ojos veían.



Allí estaban. Todos los artefactos que ellos creían robados avanzando lentamente uno tras otro. ¡Nada tenía sentido!

—Yo les explicaré qué está sucediendo —se oyó con voz serena. Era algo ilógico, pero la voz salía del televisor.

Los señores Gonzáles se miraron temerosos.

—Esto debe ser una pesadilla, querida.

—Pienso lo mismo. No hay otra explicación. — La voz robótica volvió a emitirse desde el televisor.

—¡Estamos en huelga!



Esta vez los Gonzáles ya no estaban solo asustados.
Ahora sus rostros también mostraban confusión.
A tan solo 10 centímetros del suelo uno de los
celulares de la familia habló con una voz
chillona y estridente.

—¡Aunque no lo crean estamos en huelga!
Efectivamente, esto debía tratarse de un mal sueño,
pensaba el señor Gonzáles. Quizá los tamales que
comió en la madrugada le habían caído mal y
dieron rienda suelta a su imaginación.





—¿Ustedes pueden hablar? —preguntó Luis con curiosidad mientras su madre lo retenía para evitar que se acerque a los artefactos.

—Por supuesto que podemos hablar —contestó la lavadora.

—Así es, papá. Yo los oí anoche —dijo Emilia.

—¿Qué?! —exclamaron todos.

—¿Tú sabías de esto, Emilia?

—Sí, mamá.

Emilia miró con preocupación a los artefactos.

—Anoche me desperté para tomar agua y escuché unas voces en la cocina. Me demoré en entender que eran la lavadora y la terma eléctrica quienes conversaban. Escuché detrás de la puerta y entendí que estaban muy preocupadas porque estaban trabajando en exceso y sin descanso adecuado.





—¿Por qué no nos avisaste? —preguntó el padre.

—Iba a hacerlo esta mañana, pero al despertar pensé que todo había sido un sueño. Ahora sé que lo que vi fue muy real.

—Exacto, estuvimos planeando tener esta conversación hace días. Es por el bien de todos —dijo la terma eléctrica mientras soltaba vapor al hablar.

—Pero... no sabemos qué hacer —preguntó consternada la señora Gonzáles.

—¡Nosotros, sí! —dijeron a una voz todos los artefactos.

—Entonces nos gustaría escucharlos, ya que debido a la pandemia ahora estudiamos y trabajamos desde casa —argumentó el señor Gonzáles—. No ha sido nuestra intención.

—Entendemos, pero juntos podemos encontrar una solución, señor— respondió la computadora.

Emilia, decidida a ayudar a los artefactos, dio un paso al medio de ambos grupos y exclamó: ¡Tengo una idea! Hagamos una lista de propuestas.

—Me parece razonable, nosotros escuchamos sus pedidos y buscamos una solución —añadió el señor Gonzáles.

Esa misma mañana, los Gonzáles y los artefactos se reunieron en el comedor. Emilia tenía consigo un cuaderno y un lapicero para anotar todo lo que fuese necesario.



—Si me lo permiten, empezaré yo— dijo la computadora—. Entiendo que ahora soy más necesaria para hacer teletrabajo y recibir clases virtuales, me quedo prendida todo el día, incluso cuando todos ya han terminado de usarme. Eso resulta muy agotador.

—Es comprensible. A veces la dejamos encendida para ahorrar tiempo por si ocurre una emergencia y debo revisar mi correo electrónico.

—Pero también es necesario ahorrar energía. Por favor, apáguenme cuando hayan acabado sus funciones, así también evitarán que me sobrecaliente y deje de funcionar.

El señor Gonzáles asintió y anotó en el cuaderno de Emilia la solución a la que habían llegado.





—Yo también estoy muy cansada— dijo la lavadora.

—Pero a usted sí la desenchufamos cada vez que terminamos de lavar— respondió la señora Gonzáles.

—¿Pero lavar 4 o 5 veces al día? Además, que solo lavan media carga, y en ocasiones una sola prenda. Lo correcto es aprovechar toda mi capacidad. Eso evitará el derroche de energía y me ayudará a no trabajar tantas veces al día.

—No sabíamos que eso estaba mal— dijo la señora Gonzáles.

—Tienes razón. Cada vez que Luisito mancha su polo o su pantalón, lo ponemos a lavar. No me había dado cuenta que eso nos afecta a la hora de pagar el recibo— acotó el señor Gonzáles.



—Así es— dijo el señor televisor—. Sabemos que no es su intención ocasionar todo esto, pero necesitan cambiar sus hábitos haciendo un buen uso de nosotros los artefactos.

El televisor cambió la expresión que mostraba en su pantalla. Una clara mueca triste se dejaba ver para todos.

—¿Qué pasa, señor televisor? — preguntó Luis.



—Durante muchas noches no duermo. A veces cuando ves tus caricaturas yo estoy prendido por horas, incluso cuando ya estás durmiendo. Lo mismo pasa con los señores Gonzáles. A veces salen o se van a dormir y yo sigo prendido, emitiendo programas y noticieros para nadie. Un color rojo pintó las mejillas de los Gonzáles, quienes empezaban a sentir vergüenza al entender las consecuencias del mal uso de la electricidad.

En ese momento se oyó un tosido. Era el señor refrigerador, quien con una voz muy solemne dijo:

—Si bien yo estoy diseñado para estar conectado las 24 horas del día, deben saber que mi puerta debe estar correctamente cerrada, algo que no ha estado pasando siempre.

—¿Cómo así? — se preguntó el señor Gonzáles.

—Por el apuro sacan la comida que almaceno y no se aseguran de cerrar bien mi puerta, obligándome a consumir más energía.

Todos quedaron mudos. Emilia volteó a ver a su familia con una mirada cálida.

—¿Ahora entienden por qué nuestros artefactos sentían tanto malestar?





La terma eléctrica tomó la palabra.

—Yo necesito decir que, a diferencia del señor refrigerador, yo no estoy diseñada para estar encendida tanto tiempo.

El señor Gonzáles, Luis y Emilia miraron con una sonrisa burlesca a la señora Gonzáles.

—¡Oh! ¿Lo dice por mí? — preguntó confundida—. Yo sé que me gusta tomar largas duchas, pero ya entendí la importancia de ahorrar. En verdad es más fácil de lo que parece, solo es cuestión de voluntad y responsabilidad.

—¡Nosotros también necesitamos que ahorren! — exclamaron los celulares y las lámparas.

El señor y la señora Gonzáles tomaron apunte. No necesitaban hacer mucho esfuerzo para reconocer que eran los artefactos que más olvidaban desconectar. Ya se les había hecho costumbre dejar enchufados los celulares, incluso cuando las baterías habían completado la carga en su totalidad. ¿Y sobre las lámparas?, pensaron. Había una excusa por Luis, pues solían dejar prendida la luz ya que le tenía miedo a la oscuridad; sin embargo, él no tardó en intervenir.

—Creo que ya no soy tan pequeño para dormir con la luz prendida. También quiero ayudar y si dormir con las lámparas apagada es útil, lo haré.

—¡Muchas gracias! — exclamaron las lámparas—. Además, nosotros estaremos aquí para cuidarte. Es importante preocuparnos por la seguridad de todos.

Unos minutos después los artefactos y los Gonzáles terminaron de elaborar un plan de ahorro y cuidado de la energía eléctrica. Establecieron tiempos límites para el uso de ciertos artefactos y acordaron en contratar a un técnico electricista para que arregle las conexiones eléctricas. También se decretó no sobrecargar los tomacorrientes o utilizar adaptadores tipo cruz por ser muy peligrosos.

Cuando tuvieron listos todos los acuerdos, los ubicaron en un lugar visible para tenerlos presente cada día.

Gracias a las propuestas ,grandes cambios surgieron en beneficio de todos los miembros de la familia Gonzáles, humanos y artefactos, y desde ese día la convivencia fue armoniosa y segura.

Acuerdos para nuestro hogar

- Usemos los artefactos solo cuando sea necesario.
- Apagaremos la computadora cuando acabemos de trabajar en ella.
- Lavemos toda la ropa junta.
- Cerremos bien la puerta del refrigerador.





Osinergmin

TRABAJANDO POR UNA ENERGÍA Y MINERÍA SEGURAS Y SOSTENIBLES

<https://aprendo.osinergmin.gob.pe/>



Cuento original creado por la docente
Silvia Koc Góngora
Ganadora del V Concurso Nacional de Cuentos
para Docentes "Enseñamos Contigo"

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2025-01827.
Editado por el Organismo Supervisor de la Inversión en Energía y Minería.
Calle Bernardo Monteagudo 222, Magdalena del Mar.
Impreso en Segracorp S.A.C., Jr. Carhuaz 1353, Breña. Marzo 2025.
2.ª edición